

CARTA PASTORAL

QUE CON MOTIVO DE LA ALOCUCION

DEL

ROMANO PONTIFICE

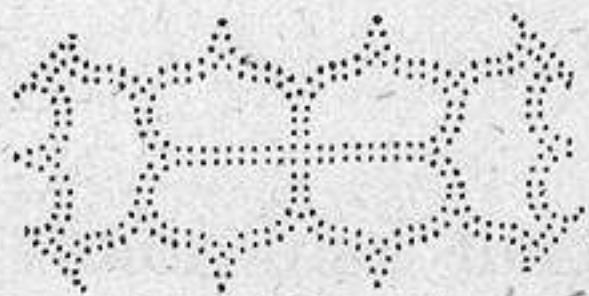
DE 28 DE SETIEMBRE ULTIMO,

DIRIGE A SUS DIOCESANOS

EL EXCMO. é ILMO. SR. OBISPO DE OVIEDO

EN EL DIA DE LA INMACULADA CONCEPCION,

ANIVERSARIO DE SU CONSAGRACION.



OVIEDO:

Imp. y lit. de Brid, Regadera y Comp.,
Canónica, número 6.

—
1860.



A. 1881206013

NOS EL DR. D. JUAN IGNACIO MORENO,
 POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SANTA SEDE
 APOSTOLICA, OBISPO DE OVIEDO, CONDE DE
 NOREÑA, CABALLERO GRAN CRUZ DE LA REAL Y
 DISTINGUIDA ORDEN ESPAÑOLA DE CARLOS III,
 DEL CONSEJO DE S. M., &c., &c.

*A nuestros venerables hermanos Dean y Cabildo de
 nuestra Santa Iglesia Catedral, Reverendos Párrocos
 y eclesiásticos de la Diócesis, y á nuestros amados
 hijos los fieles de la misma : Salud y paz en nuestro
 Señor Jesucristo.*

DIFÍCILMENTE, venerables hermanos y amados
 hijos, puede presentarse ocasion mas oportuna
 para dirijiros nuestra palabra, que la que nos pro-
 porciona el dia de hoy, dia para Nos de tiernos é
 imperecederos recuerdos. Verificáronse en él dos
 grandes sucesos, que si bien de índole muy dis-
 tinta y de muy diferente magnitud, su memoria
 no puede menos de escitar en nuestro ánimo las
 mas vivas y dulces emociones. Este solemnísimo

dia es el aniversario de nuestra consagracion, y lo es tambien de aquel tan suspirado por la Iglesia, en que la misma, por medio del supremo é infalible fallo de la autoridad pontificia, declaró dogma de fé la creencia, hasta entonces tan solo piadosa, de que la bienaventurada Vírgen María fué concebida sin mancha de pecado original, misterio inefable y consolador que el mundo católico celebra hoy lleno de pura y santa alegria.

Pero bien á pesar nuestro tenemos que prescindir actualmente de uno y otro suceso, porque el Señor, cuyo nombre es maravilloso en toda la tierra y cuya magnificencia se ha levantado sobre los cielos (1), ha permitido que nos veamos en la triste necesidad de llamar por cuarta vez la atencion de nuestros nobles y religiosos diocesanos sobre la angustiosa y crítica situacion del Romano Pontífice. Cumpliremos sin embargo con este deber por mas sensible que nos sea contristarlos, haciéndoles observar el aspecto repugnante que de resultas de los acontecimientos ocurridos recientemente en el pais clásico de la agitacion, la desgraciada Italia, ofrecen aun á los ojos de la misma filosofía, los estados de ese pais y una

(1) Salm. 8, ver. 2.

gran parte, y parte poderosa, de la desconcertada Europa.

Mas, ¿qué podremos decir sobre el particular, que sea mas elocuente y digno de nuestra sagrado ministerio, que lo manifestado en la bella y magnífica alocucion que, en 28 de setiembre último, ha dirijido á los Obispos de la cristiandad nuestro santísimo padre Pio IX? Habiendo vuelto á resonar su augusta voz desde lo alto de la Cátedra de San Pedro, deber nuestro es, venerables hermanos y amados hijos, exhortaros á que la escucheis con sumision y respeto. Por eso hemos creido conveniente transcribiros ese importantísimo documento, en el que al ocuparse la Santa Sede de unos acontecimientos cuyo feliz desenlace tanto interesa al decoro, libertad é independendencia de la Iglesia, no menos que á la seguridad, al órden, conservacion y engrandecimiento de la naciones; al defender con invencible firmeza los fueros de la justicia y del derecho y al proponer la única solucion posible que debe darse á las cuestiones que hoy se agitan en Italia, manifestando su firme propósito de no aceptar cualquiera otra que se proponga en diverso sentido, ha acreditado una vez mas la exactitud con que un eminente escritor español asegura que la historia del Pontificado con todos sus

resplandores y maravillas, es la historia de aquellos hombres enviados por Dios para resolver en su día y en su hora los grandes problemas religiosos y sociales en provecho de la humanidad y en el sentido de sus designios y de su Providencia.

La interesante y fiel narración de esos hechos lamentables que aparece escrita en dicho documento con el lenguaje severo de la verdad, produce honda impresión en el ánimo de todo el que conserve algún resto de pudor y de probidad, bastando solo no ser un enemigo encarnizado de la Iglesia para poseerse de una santa indignación contra sus autores y prorumpir con David. "Sepulcros abiertos son las gargantas de ellos, con sus lenguas urdian engaños: veneno de aspides debajo de sus labios: su boca está llena de maldición y amargura: sus pies lijeros para derramar la sangre: quebranto y calamidad en los caminos de ellos y no conocieron el camino de la paz: no hay temor de Dios delante de sus ojos (1)., Pero si al propio tiempo se considera la inocencia y divina autoridad de la víctima, la fortaleza sobrehumana que en los mayores conflictos demuestra, la santidad y grandeza de la causa que defiende y se pro-

(1) Salm. 13, ver. 3.

pone salvar, y la esperanza que en solo Dios coloca para salir vencedor de las asechanzas de sus enemigos, el espíritu mas tibio experimenta dentro de sí mismo un extraordinario é inesplicable fervor que le impele á dirigir angustiado su vista hácia los cielos y á esclamar con el mismo real Profeta: “Oh Dios, inclina á mi tu oido y escucha mis palabras: haz que sean maravillosas tus misericordias, tu que salvas á los que esperan en tí: de los que resisten tu diestra, guárdame como la niña del ojo (1).”,

Poseidos de estos ó parecidos sentimientos, oid, pues, esa elocuente alocucion, cuyos términos literales, vertida á nuestro idioma, son los siguientes:

VENERABLES HERMANOS.

Nuevos atentados, inauditos hasta hoy, cometidos por el Gobierno Piamontés contra Nos, esta Silla Apostólica y la católica Iglesia, nos vemos obligados á deplorar y á detestar otra vez con increíble dolor y angustia de nuestra alma. Este Gobierno abusando, como sabeis, de la victoria

(1) Salm. 16, vers. 6, 7 y 8.

que alcanzó en guerra funestísima auxiliado por las fuerzas de una nacion belicosa y grande; extendiendo por la Italia su reino contra todas las leyes divinas y humanas; despues de haber escitado los pueblos á la rebelion y con injusticia suprema espulsados de sus dominios á Príncipes legítimos, con osadía injustísima y enteramente sacrílega invadió y usurpó algunas provincias de Nuestro señorío Pontificio en la Emilia. Y en tanto que todo el orbe católico, respondiendo á Nuestras justísimas y gravísimas quejas, clama enérgicamente contra esta usurpacion impía, ese mismo Gobierno resuelve apropiarse otras provincias de esta Santa Sede situadas en el Piceno, la Umbría y el Patrimonio. Mas como viese que los pueblos de estas provincias gozaban de completa tranquilidad, que Nos estaban fielmente adheridos, y que no podian ni con el oro largamente derramado, ni con otros inícuos medios de seduccion empleados al efecto, ser separados y arrancados de Nuestro legítimo gobierno civil y el de esta Santa Sede; por tanto, introdujo en dichas provincias, primero una horda de hombres perdidos que escitasen en ellas á las turbas y promoviesen la sedicion, y despues un numeroso ejército que las sujetase con ímpetu hostil y con la fuerza de las armas.

Conoceis perfectamente, venerables hermanos, la impudente carta que para cohonestar su latrocinio escribió á Nuestro Cardenal Ministro de Estado el Gobierno Piamontés, una carta en la cual no se avergonzó de manifestar que habia dado órden á sus tropas para que ocupasen nuestras expresadas provincias, si no separáramos á los extranjeros de nuestro pequeño ejército formado para mantener la tranquilidad del señorío Pontificio y la de sus pueblos. Tampoco ignorais que las tropas piamontesas ocuparon dichas provincias casi al mismo tiempo que se recibia aquella carta. Ciertamente no puede haber quien no se conmueva en alto grado y se sienta indignado profundamente al ver las falsas acriminaciones, las calumnias y los ultrajes de todo género con que ese Gobierno pretende encubrir su agresion hostil é impía contra el principado civil de la Iglesia Romana, y reprende á nuestro Gobierno. ¿Quién no se admirará de ver que le reconviene por haber dado entrada en nuestro ejército á extranjeros, cuando todos saben que á ningun gobierno legítimo se puede negar el derecho de recibir extranjeros en sus tropas? Derecho que, con mayoria de razon, compete á nuestro Gobierno y al de esta Santa Sede, puesto que el Pontífice Romano, como Padre comun de todos

los católicos, no puede dejar de recibir gustosísimo á todos aquellos hijos suyos que, movidos de celo religioso, quieren militar en el ejército Pontificio y concurrir á la defensa de la Iglesia. Y aqui juzgamos conveniente advertir que á esta concurrencia de los católicos extranjeros ha dado ocasion la malignidad de aquellos que han invadido el principado civil de esta Santa Sede, pues ninguno ignora cuanta fué la indignacion y cuanto el llanto del universo católico, cuando supo la impía injustosísima agresion inferida al señorío civil de esta Sede Apostólica. De aquí nació el que muchos fieles en las varias regiones del orbe cristiano volasen espontáneamente y con suma alegria á nuestro señorío Pontificio, y que inscribiesen sus nombres en nuestra milicia para defender con valor Nuestros derechos, los de esta Santa Sede y la Iglesia. Pero con singular malicia el Gobierno Piamontés da calumniosamente á Nuestros soldados el nombre de mercenarios, cuando no pocos, asi de los indígenas como de los extranjeros consagrados al servicio militar, son personas nobles, distinguidas por el nombre de sus ilustres familias y que escitados únicamente por su amor á la religion han querido militar en Nuestro ejército, sin tomar estipendio alguno. Bien sabe el Gobier-

no Piamontés cuanta es la fidelidad y la rectitud de Nuestros soldados, pues ha visto la inutilidad de todas las artes dolosas que para corromperlos ha empleado. No hay para que nos detengamos en refutar la acusacion de ferocidad que inícuamente se atribuye á Nuestras tropas, cuando sus calumniadores no tienen un dato siquiera con que acreditar su falacia, y cuando por el contrario esa acusacion pesa justamente contra ellos, como lo demuestran las atroces proclamas publicadas por los jefes del ejército Piamontés.

Conviene advertir aqui que Nuestro Gobierno no pudo sospechar esta invasion hostil, habiéndosele asegurado que las tropas Piamontesas se acercaban á Nuestro territorio, no con ánimo de invadirlo, sino antes por el contrario, para alejar de alli las partidas de perturbadores. Asi es que el general en jefe de Nuestro ejército ni aun imajinar pudo que tuviese que combatir con el ejército Piamontés; mas cuando cambiadas en peor sentido las cosas contra la espectacion de todos, conoció la irrupcion hostil hecha por aquel ejército muy superior al Nuestro, tanto en el número de combatientes, como en la fuerza de las armas, tomó el sábio consejo de retirarse á Ancona por ser plaza fortificada con el fin de no esponer á Nues-

tros soldados á una muerte segura. Y como cargando las fuerzas enemigas le interrumpiesen la marcha, vióse obligado á entrar en combate para abrirse camino á sí mismo y á las suyas.

Pero al tributar las alabanzas que merecen y debemos al espresado general de Nuestro ejército y á sus jefes y soldados, que acometidos inesperadamente por esta irrupcion enemiga, pelearon con valor, aunque con fuerzas tan desiguales, en defensa de la causa de Dios, de la Iglesia, de esta Sede Apostólica y de la justicia; no podemos contener nuestras lágrimas sabiendo cuantos valientes soldados y jóvenes distinguidísimos que con religioso y noble corazon volaron á la defensa del principado civil de la Iglesia Romana, han sucumbido en esta injusta y cruel agresion. Nos conmueve además profundamente el llanto de sus familias. ¡Ojalá que nuestras palabras fuesen poderosas á enjugarlo! Sin embargo, abrigamos la confianza de que no será escaso el solaz y consuelo que les comunicará la honrosísima mencion que de sus difuntos hijos y parientes hacemos en justicia por el brillante ejemplo que con gloria inmortal de su nombre han dado al orbe cristiano en la fé, la piedad y el amor con que por Nos y por esta Santa Sede se han sacrificado. Aliéntanos tambien

la esperanza de que todos aquellos que defendiendo á la Iglesia han muerto gloriosamente, conseguirán la paz y bienaventuranza sempiterna que para ellos hemos pedido y nunca dejaremos de pedir á Dios. Dignos son de las mismas alabanzas é igualmente las tributamos á Nuestros amados hijos los Gobernadores de las provincias, principalmente los de Urbino, Pesaro y Espoleto, quienes en esta tristísima vicisitud de los tiempos han llenado eficaz y constantemente sus deberes.

Ahora bien, Venerables hermanos, ¿quién podrá tolerar la insigne desvergüenza y la hipocresía con que esos depravados invasores se atreven á estampar en sus programas que vienen á Nuestras provincias y á las otras de Italia para restablecer en ellas los principios del orden moral? Y esto lo afirman hombres que habiendo declarado hace tiempo guerra cruel á la Iglesia católica, á sus ministros, á sus intereses, y que despreciando completamente las leyes eclesiásticas y las censuras, se han atrevido á poner en prision á los muy distinguidos Cardenales de la Santa Romana Iglesia, á los Obispos y á las personas mas recomendables de uno y otro Clero, á espeler de sus propios conventos á las familias religiosas, á robar los bienes de la Iglesia y á devastar el principado ci-

vil de esta Santa Sede. Por cierto que serán buenos restauradores de los principios del orden moral los que establecen escuelas para la enseñanza de cualquiera falsa doctrina, casas públicas de prostitucion, y que con escritos abominables y espectáculos escéninos trabajan á porfia por ofender y desterrar el pudor, la castidad, la honestidad y la virtud, por entregar á la burla y al desprecio los sacrosantos misterios de nuestra divina religion, sus sacramentos, sus preceptos y sus instituciones, los ministros sagrados y los ritos y ceremonias eclesiásticas, y finalmente por abolir toda razon de justicia y conmover y destruir los cimientos de la religion y de la sociedad civil!!

En esta tan injusta, tan hostil y horrible agresion y ocupacion del principado Nuestro y de la Santa Sede por el Rey del Piamonte y su Gobierno, perpetrada contra todas las leyes de la justicia y el derecho universal de gentes, cumpliendo con nuestro deber levantamos otra vez y con vehemencia Nuestra voz en esta vuestra augusta asamblea y ante todo el orbe católico, y reprobamos y condenamos absolutamente los detestables y sacrílegos atentados de este mismo Rey y de su Gobierno; declaramos y estatuímos irritos y nulos sus actos, y reclamamos una y mil veces y nunca de-

jaremos de reclamar la integridad del principado civil de que goza la Iglesia Romana y el respeto debido á sus derechos que son propiedad de todos los católicos.

Pero no podemos disimular, Venerables Hermanos, la amargura que nos causa el ver que por varias dificultades ocurridas no haya llegado la hora en que se nos proporcione el auxilio extranjero que contra esta agresion tan inícuo y execrable estamos todavia esperando. Bien conocidas son de vosotros las reiteradas declaraciones que nos ha hecho uno de los Príncipes mas poderosos de Europa; pero en tanto que esperamos, hace ya largo tiempo, su efecto, Nuestro corazon no puede menos de angustiarse y afligirse profundamente viendo á los autores y fautores de esta criminal usurpacion persistir y adelantar audaz é insolentemente en su inícuo proyecto, como ciertos y seguros de que nadie se les opondrá.

Esta perversidad ha llegado á punto de que introducidas tropas hostiles del ejército piamontes casi hasta las murallas de esta Nuestra Santa ciudad, haya venido á interrumpirse toda comunicacion, á comprometerse el interes público y privado, á interceptarse el paso de los convoyes, y lo que es infinitamente peor, á que el Supremo Pon-

tífice de toda la Iglesia se vea reducido á la dificultad de proveer á las necesidades de los fieles como ellas mismas lo exigen, á causa de estar cortadas las vias de comunicacion con varias partes del orbe. Bien conoceis, Venerables Hermanos, que este es el motivo que en medio de tantas angustias Nuestras y tan grande peligro de las cosas, Nos pone en la triste necesidad de escogitar y establecer muy á pesar Nuestro, algunas medidas que pongan á salvo Nuestra dignidad.

Entretanto no podemos menos de deplorar, entre otras cosas, el funesto y pernicioso principio llamado de *no intervencion* que de poco tiempo á esta parte proclaman y ponen en práctica ciertos gobiernos con aquiescencia de los demas, hasta cuando se trata de la injusta agresion de un gobierno contra otro; de suerte que, no parece sino que con desprecio de las leyes divinas y humanas se asegura la impunidad y se sanciona la licencia de invadir y usurpar los derechos ajenos, las propiedades particulares y hasta los mismos Estados, como lo estamos viendo con nuestros ojos en estos calamitosos dias. Y por cierto es cosa singular que solo al Gobierno Piemontés sea lícito menospreciar y violar impunemente aquel principio; pues que le vemos con un ejército enemigo,

á ciencia y paciencia de toda la Europa, invadir los Estados ajenos y espulsar de ellos á sus legítimos soberanos; de donde se sigue el pernicioso absurdo de que la intervencion extranjera se permite solamente para provocar y sostener la rebelion.

Este escándalo nos ofrece ocasion oportuna de escitar á los Príncipes de Europa á que mediten seriamente con toda la madurez y discrecion de su juicio los grandes é inmutables males que lleva consigo el detestable hecho que deploramos. Se trata de la monstruosa violacion que de una manera tan inícuca se ha cometido contra el derecho universal de gentes, la cual si no fuere completamente reprimida, quedará sin fuerza y sin seguridad para lo sucesivo el valor de todo derecho legítimo, sea este el que fuere. Se trata del principio de rebelion torpemente servido por el Gobierno Piamontés, de lo cual facilmente se comprende quanto es el peligro que amenaza á todo gobierno y quanto daño á toda la sociedad civil, puesto que asi se abre la puerta al fatal *comunismo*. Se trata de la violacion de pactos solemnes que prescriben la conservacion, la defensa y el respeto de la integridad del Señorío civil Pontificio, lo mismo que la de los demas Estados de Europa. Se trata del violento despojo de aquel principado

que por especial disposicion de la Divina Providencia fue conferido al Romano Pontífice para ejercer con plenísima libertad su Apostólico ministerio en toda la Iglesia. Esta libertad debe interesar sobremanera á todos los Príncipes, no viniendo al bien de los pueblos que el Pontífice esté sujeto al impulso de ninguna potestad civil, pues solo asi quedará á cubierto de todo peligro la tranquilidad espiritual de los católicos que viven en sus Estados.

Por tanto los Soberanos deben todos estar persuadidos de que Nuestra causa está íntimamente ligada con la suya, y que prestándonos su auxilio proveerán á la incolumidad de sus derechos no menos que á la de los Nuestros. Por lo mismo es grande la confianza con que los exhortamos y les rogamos que nos den el auxilio que puedan, cada cual segun su condicion y sus circunstancias. No dudamos de que en particular los príncipes y los pueblos católicos emplearán fervorosamente toda su sollicitud y todos sus esfuerzos en cumplir la obligacion que les es comun, apresurándose para ayudar, proteger y defender por cuantos medios puedan al Padre y Pastor de toda la grey del Señor, atacado por las armas parricidas de un hijo degenerado. Bien sabeis, Venerables hermanos, que toda

Nuestra esperanza debe colocarse en Dios, auxilio y refugio nuestro en nuestras tribulaciones; en Dios que hace padecer y cura, hiere y sana, mortifica y vivifica, lleva á la muerte y restituye á la vida: por tanto no interrumpamos el derramar ante su trono, llenos de fé y humildad, contínuas y fervorosísimas oraciones que salgan del corazón invocando ante todo el eficacísimo patrocinio de la Inmaculada y Santísima Madre de Dios la Virgen Maria y la intercesion de los bienaventurados San Pedro y San Pablo, á fin de que, empleando el Señor el poder de su brazo, abata la soberbia de sus enemigos, combata á los que nos combaten, humille y confunda á los enemigos de su Santa Iglesia, y con la omnipotente virtud de su gracia haga que los corazones de todos los prevaricadores se arrepientan, y la Santa Madre Iglesia se regocije cuanto antes de esta conversion que tan ardientemente desea.”

En estas sentidas palabras se espresa, venerables hermanos y amados hijos, el Padre comun de los fieles. Su voz autorizada, aunque desagrada á los sectarios de una filosofia irreligiosa, es el grito de salvacion que dirige á los reyes y á los pueblos para atraerlos al camino de la verdad y de la jus-

ticia, del que por desgracia algunos se alejan cada vez mas, y detenerlos en el borde del abismo á á que los conducen las exigencias de una civilizacion que no trae su oríjen ni procede de la religion cristiana. Los deberes de su grande y gloriosa mision no le permiten presenciarse el terrible espectáculo que ofrecería esa catástrofe sin hacer el último esfuerzo para libertar á las naciones de tan espantosa desgracia. El Pontífice de la iglesia católica en los momentos críticos para la sociedad, nunca la deja sola, sin arrimo ni remedio. Su mision es salvarla; y el exigirle que permanezca silencioso ó pasivo, equivaldria á querer que imite la conducta de aquellos que desde lejos ven perecer á un hombre entre las olas, sin prestarle mas auxilio que el de sus lágrimas é inútiles plegarias.

Los adversarios de esa divina institucion al contemplar la accion vivificadora que Jesucristo comunica á la palabra de su Vicario, procuran hacerle perder su eficacia, intentando al efecto ensordecir á los pueblos con el ruido estrepitoso de violentas y apasionadas declamaciones y estraviar la opinion por medio de superficiales y licenciosos escritos. Persuadidos de su propia flaqueza, llaman en su ayuda al malhadado protestantismo, é invocando sus perniciosas doctrinas, las difunden por

todas partes, cual si fuesen el fruto de nuevos descubrimientos debido al adelanto y progreso de las ciencias. De esta suerte se convierten en activos agentes de la fanática propaganda de esa secta, conociendo, como conocen, que ella con sus máximas y principios disolventes es un poderoso auxiliar para labrar en poco tiempo la ruina de las monarquías, la destrucción de los imperios, conseguir el aniquilamiento de todo poder legítimo, y la completa disolución de la sociedad.

En vano una y otra vez han refutado victoriosamente todos sus errores los escritores católicos. Imperturbables los enemigos de la autoridad Pontificia, han continuado profesándolos y difundiéndolos, y á falta de razones para contestar á los brillantes escritos de varones insignes por su ilustración y talento, por su saber y autoridad, siguen el ejemplo de los que les precedieron en esta empresa, y creen dar una prueba positiva y concluyente de la profundidad de sus conocimientos, atreviéndose á calificar aquellas sábias producciones de contrarias á la dulzura y mansedumbre del cristianismo; como si la caridad que la religion enseña fuese un salvo conducto para zaherirla impiamente, sin que á nadie, ni aun á sus mismos



ministros, les fuese lícito salir á su defensa y reivindicar sus derechos.

No se habrá ocultado á vuestra penetracion, venerables hermanos, que en muchos de esos escritos irreligiosos que circulan en nuestros dias con tanta profusion, se hace todo lo posible para que á primera vista no se descubra el depravado fin que se proponen sus autores, y para lograrlo mejor, se presentan siempre que pueden y sus luces se lo permiten, con el tren y aparato de las ciencias, procurando engalanarlos con la belleza del estilo y la elegancia de las formas, persuadidos de que estos adornos literarios contribuyen poderosamente á seducir y engañar á los incautos. Semejante sistema se ha ensayado tambien en otras ocasiones, y por su medio consiguieron que ciertos espíritus superficiales y amigos de la novedad recibiesen con agrado y elojiasen unas producciones que sin los atavíos del lenguaje y sin las gracias con que supo revestirlas un bello ingenio, hubieran sido muy pronto relegadas al olvido.

Asi por la malicia de los hombres y por un monstruoso abuso que ni aun preverse pudo en la época feliz de la restauracion de las letras en Europa, la ilustracion, la elocuencia y el buen gusto, degenerando de la nobleza de su destino, han venido á ser

una piedra de escándalo para el mundo. Verdad desconsoladora que nos hace recordar aquella sentencia del libro divino de la Sabiduría. „Las criaturas de Dios se han tornado en abominacion y en tentacion de las almas de los hombres y en lazo á los pies de los necios. (1)” La tipografia sobre todo, lo decimos con el mas profundo dolor, que debia servir solo de vehículo de las verdaderas luces, ha sido, y continúa siendo con frecuencia, un largo conductor eléctrico para lanzar casi instantáneamente el rayo desde los grandes centros de corrupcion y de impiedad donde le forma el ardor de las malas pasiones, hasta las mas lejanas y remotas estremidades de la tierra.

Su accion terrible y destructora llegará, si Dios no lo remedia, hasta nuestra amada diócesis. Siendo esta un pais privilegiado por la sencillez y nobleza de sus habitantes, por su religiosidad y buenas costumbres, parecia que con tales condiciones debiera hallarse libre de semejante peligro. Pero no es asi ciertamente. Todos los dias se nos denuncia que circulan en ella muchos perniciosos libros; y en vista de semejantes noticias, ¿no tendremos fundados motivos para temer que suceda esta

(1) Cap. 14, vers. 11.

lamentable desgracia? Encargado por Dios de velar por la salud espiritual de nuestros hijos, ¿podremos permanecer tranquilos, cuando muy recientemente los enemigos eternos de nuestra felicidad, riqueza y verdadero adelanto acaban de introducir públicamente por nuestras costas un número fabuloso de detestables impresos con desprecio de las leyes, del decóro y de la dignidad de la nacion? Este hecho escandaloso, por increíble que parezca, es cierto é indudable, como que de él se ocupan actualmente los tribunales de justicia. Por fortuna la ilustracion y sensatez de nuestros diocesanos, el celo, la lealtad y patriotismo de las dignas autoridades, y los contínuos desvelos del infatigable clero parroquial, han impedido que la propaganda protestante haya hecho hasta ahora prosélitos en esta hermosa provincia. Pero si se repite, como es muy posible, este atentado, y llegan á correr de mano en mano esas peligrosas producciones, ú otras semejantes, ¿no es de temer que su perniciosa lectura estravíe y pierda á la inesperta juventud y que muchas personas, por su poca ó ninguna instruccion, ó por la mala disposicion de su espíritu caigan en el lazo armado astutamente por la impiedad?

No se crea que son exagerados nuestros temores. Conocemos muy bien el peligro que corre el

que se entrega á la lectura de unos libros en que la palabra *Dios* nada significa; la *autoridad*, el *derecho*, la *ley* es la fuerza; el *deber* la impotencia de resistir; la *tolerancia religiosa* la indiferencia de todos los cultos; la *libertad* la facultad de hacer cuanto quiera la pasion; el *derecho natural* la de seguir las propensiones del cuerpo ó de buscar de cualquier modo lo que aconseje el interés, y la *religion cristiana*, una de tantas opiniones religiosas. Estas y otras máximas igualmente absurdas se enseñan en esos libros, con el propósito de ir borrando del corazon del hombre poco á poco y de un modo insensible pero seguro, las ideas de lo justo y todo sentimiento de honor y de probidad para ver como se constituye despues una sociedad sin virtudes, ó en que se considere como tales el egoismo, la ambicion, la deslealtad y la insubordinacion, y con estos elementos formar por último, un *patriotismo*, muy diferente á la verdad de aquel, que es una de las primeras virtudes sociales y cuya perfeccion solo se halla en las máximas del Evangelio.

Por eso, venerables hermanos y amados hijos, al transcribiros la alocucion en que el Santo Padre se lamenta de los sucesos que todos deploramos y que son el engendro abominable de esas doctrinas anticatólicas, nos dolemos de que en nuestra diócesis

circulen los libros que la contienen, como se dolia San Bernardo de los daños que en su siglo causaban las producciones de esta clase, sin embargo de que en aquella época no eran tan peligrosas como lo son en la nuestra. Con la uncion y elocuencia que le distinguen, decia este santo doctor: *Volant libri; urbibus et castellis ingeruntur. Pro luce tenebræ, pro melle vel potius in melle venenum passim omnibus propinatur. Transierunt de gente in gentem, et de regno ad populum alterum. Novum cuditur populis et gentibus evangelium: nova proponitur fides: fundamentum aliud ponitur præter id quod positum est.* „Con estraordinaria rapidez circulan libros por todas partes; se iutroducen en las ciudades, villas y aldeas: en vez de luz esparcen tinieblas, en lugar de miel, ó mas bien envuelto en la miel propinan encubierto el veneno: pasan de nacion á nacion y de un pueblo á otro: se fabrica en ellos un nuevo evangelio para los pueblos y naciones: se propone una nueva fé y se establece un fundamento contrario al que esta asentado con la mayor solidez (1).”

Pero este mal que tantos estragos está causando, no será posible atajarlo sin el esquisito cuidado de los padres de familia en la eleccion de libros que se

(1) Epist. 189 ad Innoc. Pap.

leen y conservan en sus casas; sin una constante vigilancia por parte de los párrocos á fin de que valiéndose de todos los medios que le proporciona el ejercicio de su sagrado ministerio, consigan que por su conducto se entreguen á Nos ó á nuestro Vicario general aquellos cuya lectura se encuentra prohibida, como lo tienen ordenado las sábias prescripciones de la Iglesia; y finalmente, sin que las personas sensatas de todos los estados no se resuelvan á secundar con eficacia nuestros esfuerzos, oponiendo de esta suerte un dique á ese aluvion devastador de la mala doctrina. De lo contrario no debe sorprendernos se reproduzcan en otros pueblos las revueltas y trastornos que en el dia conmueven ya á algunos reinos, donde con asombro observamos autorizado el engaño, aplaudida la maldad, santificada la traicion, hecha la apoteosis de todos los crímenes y premiados los mas abominables escesos.

En medio de tanto desórden y confusion, de tantos horrores y desastres como estamos presenciando, solo encuentra consuelo nuestro espíritu cuando se detiene á contemplar la digna y magestuosa actitud en que ante sucesos tan extraordinarios y ruidosos se ha colocado el inmortal Pio IX. El sombrío y pavoroso aspecto de cuanto le rodea solo sirve para

hacer sobresalir la magestad y belleza de su figura. Cual esperto piloto á quien no impone el horrible bramido de las olas ni el ronco zumbido de los huracanes, permanece tranquilo esperando la hora en que se calme la tempestad y se sosieguen los vientos que combaten hoy su trono; ese trono fundado y adquirido á fuerza de beneficios y á los que debe la Italia el que los pueblos bárbaros, unos despues de otros fuesen, en espresion de un sábio, desfilando ante ella, como si no hubiese en el mundo otra dispensadora de la gloria, sino esa tierra gloriosa. Y la Europa que le es deudora de no menores beneficios, nunca acabará de agradecerle el importante, que con la conservacion de ese trono, procura dispensarle, conteniendo el torrente de la invasion y haciéndole entrar en su cauce con la fuerza prodigiosa de su palabra, para que sus aguas impetuosas comiencen á correr tranquilas y serenas.

Asi es, que cualquiera que sea el punto de vista que se elija para contemplarlo, aparece siempre radiante de hermosura y de gloria. La suerte que le ha cabido desde su exaltacion al Pontificado, es la de los justos que experimentaron desgracias y abatimientos sobre la tierra. Espuesto siempre á la censura de los insensatos, su piedad ha sido motejada de flaqueza; su celo de imprudencia; de temeridad

su fortaleza; de ambicion el valor y la constancia en defender los fueros de la justicia y los intereses sacrosantos de la Iglesia. Hasta se le ha señalado como la causa de las desgracias de su pueblo. El, sin embargo, ha sabido conservar el derecho al amor y veneracion pùblicos y grangearse respetos mil veces mas brillantes, que los que en dias mas felices rodearon á su trono; y esos mismos respetos ó acaso mayores, han de tributarle los siglos venideros, honrando su memoria é inmortalizando su nombre.

Tal es, venerables hermanos y amados hijos, el porvenir dichoso que le aguarda; pero antes de bajar al sepulcro, el cielo ha de permitir que vea restituida la paz á la Iglesia, recobrada para el Pontificado la soberanía temporal de sus estados y libre de la sacrílega opresion que en la actualidad padece, se halle en situacion de poder decir en alabanza de su adorable libertador: „Me sacó á la anchura: me salvó porque me quiso; y me retribuirá el Señor conforme á mi justicia y segun la pureza de mis manos (1).”

¡Que suerte tan distinta es la de los que le aflijen y arrebatan sus derechos! Si se la considera bajo el aspecto religioso, no puede ser mas terrible

(1) Salm. 17, vers. 20 y 21.

y espantosa. Heridos por un rayo formidable, que su incredulidad les hace despreciar, son para la Iglesia ramos cortados del árbol de la vida; sarmientos separados de la vid, que es Jesucristo; ya no pertenecen al número de los escogidos, á quienes el mismo Salvador dice: *perseverad en mi amor* (1); las puertas del templo que están abiertas á los pobres y á los mendigos, no se hallan francas para ellos; el poder entrar en la casa del Señor á bendecirle y adorar su santo nombre, es una dicha que se les niega, es una felicidad de que se ven privados, y para colmo de su desventura las puertas del cielo se les cierran. Abandonados á sí propios, caminan de precipicio en precipicio en vez de llorar su desgracia, como amargamente lloraba la suya el emperador Teodosio.

Tal es su situación presente. No será menos triste su suerte futura, aun mirada por el lado que mas lisonjea á la ambicion humana. Contemplémosla tambien bajo este aspecto, escuchando al ilustre Massillon que la describe admirablemente con las galas y bellezas de su encantadora elocuencia. „El usurpador, dice, que se ha ensalzado por caminos injustos, que ha despojado al ino-

(1) S. Juan, cap. 15, ver. 9.

cente y arrojado al príncipe legítimo para ocupar su lugar y vestirse con sus despojos, ah! su gloria será sepultada con él en el sepulcro; su muerte descubrirá la vergüenza de su vida. Entonces quitado el freno que sus felicidades y poder oponian á los públicos discursos, se vengarán en su memoria y se desquitarán de las falsas alabanzas que por fuerza tributaban á su persona. Entonces no subsistiendo ya los grandes motivos de temor y de esperanza, se quitará el velo que cubria las mas vergonzosas circunstancias de su vida y se descubrirá el secreto motivo de sus gloriosas empresas tan exaltadas por la adulacion, y se manifestarán su indignidad y bajeza: se verán de cerca aquellas heróicas virtudes que solo se conocian por la buena fé de los elogios públicos y se hallarán pisados los mas sagrados derechos de la naturaleza y de la sociedad. Entonces será despojado de aquella gloria injusta que habia gozado; se publicará la infamia y mala fé de sus empresas que antes se habia tenido oculta; y lejos de compararle con los héroes, le llamarán hijo desnaturalizado, uno de aquellos hombres de quienes habla San Pablo, sin culto, sin afecto y sin principios Su falsa gloria no habrá durado mas que un instante, y su oprobio solo se acabará con los siglos. La última posteridad solamente le conocerá

por sus delitos, por la piedad filial pisada en presencia de los reyes y de las naciones que tuvieron la cobardía de aplaudir su usurpacion; y finalmente por el atentado que le hizo destronar á un padre y á un rey justo por ocupar su lugar: las historias, fieles depósitos de la verdad, conservarán hasta el fin su nombre con vergüenza; y el puesto á que ha sido elevado á costa de las leyes del honor y la probidad, dándole lugar en la escena del universo, no servirá mas que de inmortalizar su ambicion y su ignominia sobre la tierra (1).”

Despues de una descripcion tan elocuente, decidnos, venerables hermanos y amados hijos, si no son dignos de lástima los causantes de esos trastornos de que el Santo Padre se lamenta en su Alocucion. No creemos que en nuestra diócesis haya muchos que todavia los aplaudan. Si existiesen algunos, lo que nos llenaria de pesar, que simpaticen con ellos, mirad, les diriamos, mirad á la luz de la religion y de la filosofia los horrores de su actual situacion y el triste porvenir que les espera; y si esto no bastase para resolverlos á detestar sus disolventes doctrinas, deseosos de asegurar su eterno bien,

(1) Sermon de la Asuncion predicado en el monasterio de religiosas de la Visitacion de Chaillot, donde entonces se hallaba la reina de Inglaterra.

les gritariamos con el santo Job: „Huid de la vista de la espada, porque espada hay vengadora de las iniquidades, y tened entendido que hay juicio, (1)” el juicio de Dios.

Afortunadamente nuestros diocesanos, en su generalidad, lejos de necesitar les recordemos con tal motivo estas terribles verdades, se han hecho acreedores á nuestra gratitud y elogios por las pruebas positivas de su respeto á la religion y amor á la justicia que de ellos recientemente hemos recibido. La cantidad á que asciende el importe de las suscripciones al empréstito romano y de los donativos voluntarios hechos á favor de la Santa Sede, es respetable, si se atiende á los tiempos que atravesamos y á la situacion respectiva de los desinteresados contribuyentes. Todavía se están recibiendo en en nuestra Secretaría de Cámara las colectas de algunos Arciprestazgos, por cuya razon, y por la no menos atendible de ser cada dia mayores los apuros del Erario Pontificio, nos vemos precisados á dejar abierta la recaudacion en la forma que se halla establecida. No dudamos que el noble ejemplo de generoso desprendimiento dado por nuestro venerable Cabildo, seguido con santa emulacion por

(1) Cap. 19, vers. 20.

el respetable Clero y Comunidades religiosas, y liberalmente secundado por un número considerable de fieles de todas clases y condiciones, ha de servir de poderoso estímulo para que los demas, en cuanto lo permitan sus facultades. y de la manera que les aconseje su prudente piedad, se apresuren á ofrecer tambien su óbolo y dar esta muestra de su adhesion á una causa, cuya defensa á todos interesa. Damos, pues, á nuestra amada diócesis las debidas gracias por su cristiano y noble proceder; y aprovechamos con gusto esta ocasion solemne para darlas igualmente á las respetables personas, que tanto en la capital, como en las villas y aldeas nos han auxiliado con sus consejos, con sus conocimientos y relaciones mercantiles y con otros buenos oficios en los trabajos indispensables para llevar á cabo el mencionado empréstito. Muy propio ha sido seguramente de la nobleza y religiosidad de sus sentimientos el distinguido obsequio que por este medio han prestado á Nos y á la causa gloriosa del catolicismo. El Señor que da el ciento por uno de lo que de buena voluntad se le ofrece, sea para ellos y sus familias el galardón que remunerare su buena obra.

A este santo desprendimiento unamos tambien la oracion, como nos lo pide en su Alocucion el

Romano Pontífice. ¿Y qué día mas propio para esto que el presente, en que celebramos la festividad de la Concepcion Inmaculada de Maria, que es por escelencia la gran festividad del pueblo español? ¡Ah! ¡Con que confianza debemos acudir al trono de las misericordias en busca de auxilios en este dia, que es para toda la tierra, dia de gloria, de mercedes y de gracias! Pidamos, pues, en él, invocando á María, socorro, consuelo y tambien la victoria para el Papa; la conversion, el reconocimiento y el perdon para sus injustos y desapiadados opresores; y al efectuarlo estemos persuadidos de que la oracion ferviente de la Iglesia y los suspiros que Él hoy mas que nunca exhalará á los pies de la Inmaculada Vírgen, han de contribuir al restablecimiento de su principado temporal, indignamente violado, mas que pudieran hacerlo todas las potencias de la tierra con la prudencia de sus consejos y con la fuerza de sus armas.

Roguemos igualmente y con la mayor instancia por la magnánima Isabel, por el Rey su augusto esposo y real familia; por esa Reina ilustre que con sus virtudes se ha grangeado el amor y respeto de sus pueblos. El cielo la proteja, como hoy se lo pedimos, á fin de que disfrutando estos de una paz inalterable y permaneciendo unidos con lazo indi-

soluble, se realicen bajo su cetro empresas tan grandes y gloriosas como las que se realizaron en el reinado de la primera Isabel; que se verifiquen acontecimientos parecidos en su colosal grandeza á la espulsion de los agarenos, á la conquista de la América y á la sujecion de la Italia, que tan célebre hicieron en el mundo á nuestra patria y á su esclarecido nombre.

Deseosos de que nuestras oraciones vayan unidas á las fervorosas súplicas de las virgenes del Señor, exhortamos á todas las Religiosas de nuestra diócesis á que durante las actuales circunstancias, además de las comuniones que les prescriben las reglas, constituciones ó prácticas de sus respectivas comunidades, tengan una extraordinaria en cada semana que aplicarán por las grandes necesidades de la Iglesia y del Estado.

Continuemos, pues, venerables hermanos y amados hijos, orando sin intermision, haced cumplido nuestro gozo, sintiendo una misma cosa, teniendo una misma caridad, un mismo ánimo, unos mismos pensamientos (1), y en testimonio de nuestro amor, recibid la bendicion que os damos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Amen.

(1) Carta de S. Pablo á los Filips., cap. 2, ver. 2.

En nuestro Palacio Episcopal de Oviedo á ocho de Diciembre de mil ochocientos sesenta.

JUAN IGNACIO, *Obispo de Oviedo.*

Por mandado de S. E. I. el Obispo mi Señor,
 DR. D. CESAREO RODRIGO,
Canónigo Secretario.



Esta Pastoral se leerá en el ofertorio de la misa popular en todas las Iglesias parroquiales y sus hijuelas, en uno ó varios dias festivos mas inmediatos à su recibo.

